



¿Quién sucederá a Johnson? Parece que los demócratas tendrán que presentar como candidato al presidente.

CON el mes de noviembre entramos en el año preelectoral en los Estados Unidos. En noviembre de 1968, el país debe elegir presidente; por lo tanto, se inicia ahora el período inquietante de las luchas tácticas. Se preparan ahora las convenciones de los dos grandes partidos, el republicano y el demócrata, precedidas por las preparaciones en los distintos Estados, y en tales convenciones se proclamarán los «tickets», esto es, las candidaturas de presidente y vicepresidente que presenta cada uno de los dos partidos. En las elecciones pasadas de 1964, se llegó a plantear un esquema claro, un esquema en blanco y negro, de lo que cada uno de los partidos ofrecía al país y solicitaba de él. Por un lado estaba el demócrata Johnson, que recogía y ampliaba el mito de Kennedy, cuyo asesinato le había impulsado hacia un poder que de otra forma no habría alcanzado nunca —su carrera política estaba terminada en una oscura, inoperante vicepresidencia—: es decir, Johnson era «la izquierda», pacifista, coexistente, contrario a la ampliación de la guerra del Vietnam, partidario de la igualdad de negros y blancos, favorecedor de las clases



En las elecciones de 1964, el demócrata Johnson recogía

U. S. A.

Comienza el año electoral

EN BUSCA DE UN PRESIDENTE

Por EDUARDO HARO TEGGLEN



La convención demócrata se celebrará en Chicago, pródigo en disturbios raciales.



y amplía el mito Kennedy. Johnson era el candidato de «izquierda» frente a Goldwater. Arriba, Kennedy en un mitin.

económicamente débiles. Patrocinaba el programa de la «Gran Sociedad», que debía ir más allá del de «Nueva Frontera» que había iniciado Kennedy. Incorporaba a su «ticket» electoral a Humphrey como vicepresidente, hijo de un farmacéutico y dependiente de farmacia, que no pudo estudiar por falta de dinero —hasta que lo hizo con becas—, cuya vida era un ejemplo de liberalismo: creador de una comisión para la abolición de la discriminación de raza, color, religión y credo político en el trabajo, protagonista en la lucha por los derechos civiles, luchador por la suspensión de los ensayos atómicos. Frente a Johnson apareció el que pronto sería tristemente célebre Goldwater: quería emplear el máximo de fuerza en el Vietnam, hacer de la política de los Estados Unidos una simple prolongación del poderío militar de los Estados Unidos; negaba los derechos cívicos de los negros, se oponía a las reformas sociales. Frente a este blanco-negro que ofrecían los dos candidatos presidenciales, el país se inclinó también sin matices por el primero: el resultado electoral fue aplastante en favor de Johnson. Las elecciones se consideraron históricas, no sólo por la tendencia de la opinión, sino por el carácter masivo de la votación, sin precedentes estadísticos. Inmediatamente proclamado Johnson presidente —lo había sido durante un año antes de las elecciones, pero durante ese año se había movido con cautela preelectoral y había aparecido simplemente como continuador de Kennedy—, asumió enteramente la política del candidato derrotado, de Goldwater, y renegó enteramente de los principios en nombre de los cuales había sido brillantemente elegido por el pueblo.

Sobre el principio de esa contracción, se ha deshecho el paisaje político de los Estados Unidos y el del mundo que está bajo su tutela o bajo su vasallaje. La guerra del Vietnam ha pasado de ser una in-

SIGUE

intervención a ser un auténtico conflicto armado que compromete directamente a medio millón de soldados americanos, que dirige toda la economía del país. La izquierda, defraudada por la imposibilidad de llevar adelante sus opciones por la vía legal —puesto que le han robado la tendencia marcada en las elecciones—, se presenta en movimientos en que la violencia comienza a aparecer. Los negros han convertido sus acciones pasivas en revueltas activas, como las de este verano: se teme una auténtica revolución, y las fuerzas negras se van sumando a lo que se llama «nueva izquierda». Los impuestos crecen, los salarios se bloquean; hay huelgas. China ha aumentado su fuerza. La coexistencia con la URSS se ha paralizado —aunque, ciertamente, se han evitado todos los confrontamientos agudos—. Los aliados occidentales tratan de aislarse de los Estados Unidos... El país vive una cierta anarquía.

Sin embargo, no parece posible que el partido demócrata tenga más opción que volver a presentar a Johnson a las elecciones. Es una tradición que el presidente en funciones sea candidato de su partido; además de una tradición, es una ventaja, puesto que el poder supone una baza electoral. Algún demócrata ha dicho que era mejor perder las elecciones, o hasta retirarse de ellas, que seguir adelante con Johnson. Otros hablan de presentar, en lugar de Johnson, al senador Eugenio McCarthy —ninguna relación con el famoso senador McCarthy, ya fallecido, que hizo imperar el terror desde la comisión de actividades anti-

americanas—; otros prefieren lanzar al joven Kennedy, el cual a su vez prefiere reservarse para las elecciones de 1972 —es decir, cuando Johnson, si ha sido elegido por dos veces consecutivas, tenga imposibilidad legal de volverse a presentar—. No parece que, salvo que ocurra algo espectacular, el partido demócrata tenga otra opción más que la de Johnson. Va a ofrecer al electorado una continuación de la catástrofe. La va a ofrecer incluso en peores condiciones. La decisión que ha tomado de celebrar su convención en Chicago durante el mes de agosto parece funesta. Chicago es ciudad típica de disturbios raciales, tiene un «ghetto negro» espantoso, y las revueltas raciales suelen producirse en agosto. Además, agosto es mes de vacaciones estudiantiles, y los estudiantes no ocultan su hostilidad al grupo Johnson y a la movilización que pretende arrastrarles a la guerra del Vietnam. Si los estudiantes pacifistas han llegado a movilizar entre 60.000 y 100.000 personas —los datos son poco exactos— en el mes de octubre ante el Pentágono, pueden conducir una inmensa masa a Chicago durante la convención demócrata que proclame a Johnson.

La situación se complica cuando se examina el aspecto electoral que ofrecen los rivales de Johnson. Los republicanos, ¿Quién va a ser su candidato? Dentro del partido hay una cierta escisión que, por una parte, ofrece un frente pacifista, y, por otra, un frente belicista. Los pacifistas pretenden exclusivamente ofrecer otra vez una alternativa en blanco y negro a Johnson, sólo que a la inversa: esta vez deberían ser los

republicanos los que presentasen un programa abierto, amplio, tolerante y coexistente frente a Johnson, que, presente el programa que presente, será siempre un hombre de guerra. Uno de los aspirantes republicanos, Romney, ha llevado su exaltación por esta idea hasta el extremo de hacer una conversión pública: él, que ayer era partidario de la intervención hasta el último extremo en el Vietnam, se dice ahora víctima «de un lavado de cerebro de los militares», y asegura que ha reaccionado y que propugna la retirada del Vietnam. Demasiado tarde, demasiado mal. Nadie confía en Romney, nadie quiere un presidente cuyo cerebro pueda lavarse con tanta facilidad y que cambie tan radicalmente de opinión.

No parece que sean los pacifistas republicanos los que vayan a dominar su partido, sino al contrario. Se había hablado de la creación por el partido de una figura de escala nacional, como hicieron ya con Eisenhower, que esté por encima de los juegos políticos. Esta figura debería ser el general Westmoreland. Su reciente aparición en el Senado fue convincente, clara, inteligente. Pero a Westmoreland, comandante en jefe de las fuerzas americanas en el Vietnam, le falta en su carrera algo que necesita siempre un militar que quiera saltar a la política: una victoria. Eisenhower la tuvo en Europa, y creó un mito. Westmoreland no la puede conseguir en el Vietnam, aunque continuamente diga que está muy próxima. A menos de que suceda algo espectacular, que también puede suceder, no



Reagan ha dicho: «Johnson está tan nervioso ante la proximidad de una pérdida de su puesto, que está pensando en poner el país a nombre de su mujer». A la derecha, George Wallace, ex gobernador de Alabama a quien sustituyó su mujer. Wallace es un posible candidato a la presidencia por los republicanos. Es un racista convencido.



Richard Nixon y George Romney. Ambos tienen pocas esperanzas de ser proclamados candidatos. Las derrotas anteriores de Nixon y la versatilidad de Romney han deshecho la confianza de los posibles electores.



El republicano Ronald Reagan, gobernador de Michigan. Varios actores de Hollywood sostienen su candidatura. El general Westmoreland tendría que obtener una victoria en Vietnam para poder presentarse como candidato.

es fácil esta aparición de Westmoreland en la escena republicana.

Aunque todavía es pronto para el pronóstico, puede decirse que en este preciso momento el personaje que aparece con mayores posibilidades es Reagan; y que el hombre que formaría parte de su «ticket» como vicepresidente sería Wallace, aunque podrían invertirse los términos —Wallace para presidente, Reagan para vicepresidente—. Son dos nombres funestos. Ronald Reagan es un antiguo actor de cine y de televisión retrado a quien prestan ayuda de propaganda algunos de los más populares actores de cine —como Bing Crosby y Shirley Temple; hay hasta un pequeño movimiento que pretende en serio que Shirley Temple se presente a la candidatura para la Presidencia—, pero detrás del cual está el ala más conservadora del partido. Le apoya Goldwater —a pesar de que Reagan no apoyó a Goldwater en las elecciones pasadas—. Le apoya Nixon —que fue el vicepresidente de la «guerra fría»—. Reagan, hoy gobernador de Michigan, recorre velozmente los estrados para pronunciar ya discursos preelectorales con una técnica de actor, con una palabra suave y convincente, con chistes y con «gags». Dice de Johnson, por ejemplo, que «está tan

nervioso ante la proximidad de una pérdida de su puesto, que está pensando en poner el país a nombre de su mujer».

Esto, más o menos, es lo que hizo el compañero de Reagan, Wallace. George Wallace era el gobernador de Alabama que se opuso a la integración racial en su Estado; los disturbios de Alabama, los muertos de Alabama, las injusticias de Alabama tienen ya un lugar en la historia de los movimientos negros, y se produjeron durante el tiempo en que Wallace fue gobernador. Cuando Wallace no pudo volver a presentarse a las elecciones, porque la Constitución le cerraba ya el camino a la reelección, presentó a su mujer, que fue elegida. En el lenguaje de su amigo Reagan, podría decirse que Wallace puso el Estado de Alabama a nombre de su mujer, y que a través de ella lo gobierna.

Es inútil decir lo que pueden representar estos dos nombres unidos, Wallace y Reagan, o Reagan y Wallace. Representan un retroceso a los tiempos de Goldwater. Solamente que en los tiempos de Goldwater estaba enfrente un Johnson con careta kennediana, y ahora no hay más que un Johnson con cara de Johnson. Un rostro político que se ha ido deformando y desha-

ciendo a la manera de los retratos de Picasso.

En el supuesto de que los candidatos republicanos sean Reagan y Wallace, o de que sea Nixon, o de que sea el general Westmoreland; en el supuesto de que los candidatos demócratas sean Johnson y Humphrey, la opción que se le va a presentar al pueblo americano en noviembre de 1968, y que debe irse dibujando durante todo este año previo, es suficiente como para dejarle estupefacto. ¿A quién votar? ¿Cuál es la salida? ¿Cuáles son las diferencias?

La pregunta más inquietante es la de quién gobierna los Estados Unidos, y si este juego de los dos partidos no está ya completamente anegado por los grupos de presión que dominan a los dos y para los cuales el único desafío real fue el que presentó Kennedy —que ya sabemos cómo terminó—. El juego puede ser interesante para quienes se disputan las migajas del poder, para quienes van a ser gobernadores o senadores según gane o pierda su partido. Pero no parece que los términos de la cuestión puedan alcanzar más allá, a la marcha real de los Estados Unidos, a la situación general del mundo. El salto de los Estados Unidos a la posición de gran Imperio de Occidente se ha hecho a costa de unas fórmulas democráticas que fueron sagradas. Parece hoy que una democracia no puede constituirse en Imperio, que un Imperio no puede sostenerse sobre principios democráticos. Los principios se convierten en fórmulas, y las fórmulas se desgastan.

Hay una preocupación esencial en esta cuestión y es la de saber si las fuerzas que se consideran auténticamente democráticas y aquellas otras cuyos intereses están directamente lesionados —los estudiantes, por su edad próxima a la guerra; los negros, por su situación de inferioridad; los obreros, por el descenso de su poder adquisitivo; las clases pobres, que no pueden salir de sus suburbios, de sus «slums», ni obtienen los beneficios sociales; los intelectuales, que encuentran a cada paso limitada su idea de la libertad— van a tratar de buscar salidas a esta situación de bloqueo. La situación actual, con huelgas, rotura de cartillas militares, manifestaciones y disturbios, se emparenta mucho con los períodos prerrevolucionarios clásicos. La violencia está presente por las dos partes. La violencia es mala en un país cuya historia, tan reciente, está fundada sobre la violencia misma, y cuyos términos se ensalzan siempre en la forma más popular del arte —el cine y la televisión: el Far West, los gangsters de Chicago, los asesinatos, son sus grandes temas— y se ha convertido hoy en una de las premisas de su política.

Todo esto, naturalmente, está muy lejos de constituir una profecía de revolución. La mayoría de la sociedad norteamericana no está en condiciones revolucionarias. Pero sí hay que calcular la posibilidad de movimientos mucho más graves que los de ahora, y de reacciones más graves también; incluso en la posibilidad de que, en un sentido o en otro, tengan que variar de aquí a unos años las bases constitucionales de los Estados Unidos.

E. H. T.

Fotos: ARCHIVO.